

La tragedia de Hamlet como espejo del ser humano

Patricia Cruz Oliveros

Patricia Cruz Oliveros, estudiante de la Licenciatura en Lengua Castellana de la Universidad del Tolima.

El hombre hace la literatura y después la literatura contribuye a modelar al hombre. Las artes forman la médula de un país, rigen al ser humano; su propia libertad, la más alta y absoluta es posible; y los frutos de ella, llevan el sello de lo antiguo, de la obra de los predecesores, cuando éstos han existido.

José María Arguedas

Esta obra de Shakespeare escrita probablemente entre el año 1591 y 1601. En esencia, se desarrolla a partir de la traición que sufre el Rey Hamlet por parte de su hermano Claudio, quien quiere apoderarse del trono. Luego de la muerte del rey a manos de Claudio, la esposa del rey se casa apresuradamente con el asesino; por ello, el príncipe Hamlet, hijo del rey traicionado y protagonista de la tragedia, padece una conmoción interior. En medio de su desconcierto, el espectro de su padre se le aparece y le revela que la causa de su muerte se debió a una traición fraguada por su esposa y su hermano, lo que origina un sentimiento de venganza en el príncipe Hamlet. El príncipe mata a Polonio, padre de su enamorada Ofelia, quien lo espía. A causa de la muerte de su padre, Ofelia se suicida mientras su hermano Laertes, quien además es manipulado por el Rey Claudio, cree que Hamlet es el culpable de la muerte de Polonio, deseando así la muerte del príncipe. El Rey Claudio y Laertes consuman una apuesta que consiste en el duelo entre Laertes y Hamlet, donde el príncipe debe morir; no obstante, consciente de ello y en medio del desafío, la reina se envenena con un trago que el Rey le tenía preparado a Hamlet y hace que su hijo también beba. Antes de morir, con una espada envenenada que había preparado Laertes para vencerlo, Hamlet le da muerte a Laertes y al Rey Claudio. Y es así como culmina la tragedia. (Shakespeare, 1994, p. 6 - 24).



En este texto destacaremos los valores humanos más relevantes que se presentan en la tragedia. Es de considerar que los valores humanos son aquellos que nos hacen sujetos individuales y únicos, dado que forman nuestro carácter o modo de ser. Según Erich Fromm en *Ética y psicoanálisis* (1957):

El hombre, sin embargo, no existe “en general”. Si bien comparte la esencia de las cualidades humanas con todos los miembros de su especie, es siempre un individuo, un ente único y diferente a todos los demás. Difiere por su combinación particular de carácter, temperamento, talento y disposiciones al igual que difiere por sus impresiones digitales. Únicamente puede afirmar sus potencialidades humanas realizando su individualidad. El deber de estar es el mismo que el deber de llegar a ser sí mismo, de desarrollarse hasta ser el individuo que cada uno es potencialmente. (1957, p. 32)

Además, es de anotar que el *carácter* se forja en la relación que establece el individuo con la historia y la sociedad. En ese sentido, de un lado, la sociedad le impone al individuo unos valores y una normatividad, lo que se constituye en una moral vigente; de otro lado, a partir de su capacidad racional y sensible, el individuo adopta una postura ante dicha moral, lo que habrá de contribuir a la formación de su subjetividad, otorgándole la capacidad de tomar decisiones que afectan su existencia y su desarrollo personal; son decisiones que surgen de una reflexión incesante sobre el mundo y los acontecimientos que rodean al sujeto y a su mundo interior; son reflexiones acerca de lo que es “bueno” y lo que es “malo”, acerca de lo que, en definitiva, se refiere al amplio ámbito de los valores.

A partir de esos criterios, la formación humana tiene que ver con los valores humanos y su tratamiento por parte de la pedagogía en su carácter de reflexión filosófica sobre la educación humana, mucho más allá de su reducido concepto de ciencia. Y esta reflexión filosófica en torno a los valores humanos como garantía de formación se relaciona de manera estrecha con la ética. Adela Cortina, en el texto *Ética mínima*, se refiere a este concepto en los siguientes términos:

Es cierto que la ética se distingue de la moral, en principio, por no atenerse a una imagen de hombre determinada, aceptada como ideal por un grupo concreto; pero también es cierto que el paso de la moral a la ética no supone transitar de una moral determinada a un eclecticismo, a una amalgama de modelos antropológicos; ni tampoco pasar hegelianamente a la moral ya expresada en las instituciones: la ética no es una moral institucional. Por el contrario, el tránsito de la moral a la ética implica un cambio de *nivel reflexivo*, el paso de una reflexión que dirige la acción de *modo inmediato a una reflexión filosófica*, que sólo de forma *mediata* puede orientar el obrar; puede y debe hacerlo. A caballo entre la presunta «asepsia axiológica» del científico y el compromiso del moralista por un ideal de hombre determinado, la ética, como *teoría filosófica de la acción*, tiene una tarea específica que cumplir. (2000, p. 18)

Es así como el sujeto lector de esta tragedia, mediante el diálogo que permite la lectura, establece un proceso de identificación y diferenciación con las acciones de los personajes, dando lugar a una reflexión formativa a propósito de sí mismo. Ello conduce a recordar la *Paideia* griega, por cuanto esta cultura de la educación se fundamenta en un *ethos pedagógico* que involucra la reflexión y los valores a través de la majestuosidad del arte y la literatura.

En palabras de José Lorite Mena, la Paideia griega es “fundativamente, una cierta mirada sobre el niño desde la esperanza del adulto” (1985, Pág. 87) es decir, a partir de los altos ideales (valores) de formación del pueblo griego, los sujetos de la comunidad veían en los niños la cimentación de la cultura. Mediante formas de pensar siempre cambiantes, los griegos fueron creando sus criterios de educación y uno de los medios fundamentales para la formación del ciudadano lo constituían las artes y la literatura. Sin embargo, ni el arte ni la literatura fueron asumidos desde una perspectiva estética de las meras formas (o lo que hoy llamaríamos “lo estructural”) sino desde la relación del arte y la literatura con la condición humana, de manera que el carácter estético era proyectado hacia la formación del ser.

Ahora bien, así como es posible encontrar un ideal de ser humano en Homero, también es posible encontrar ideales humanos en Shakespeare y, en este caso, en *La tragedia del Príncipe Hamlet*, esto es, unos valores y unos ideales relacionados con el contexto histórico, social, político y económico del Renacimiento. Es de tener en cuenta que las acciones fundamentales de la tragedia son propias de una familia que ostenta el poder soberano sobre el pueblo y el territorio de Dinamarca. Allí se presentan las jerarquías en la concentración del poder: “Toque de trompeta. Entran Claudio, Rey de Dinamarca, La Reina Gertrudis y el Consejo, formado por Polonio, su hijo Laertes, Hamlet y otros” (Shakespeare, 1994, p. 9)

Shakespeare escoge primordialmente una fami-

lia que debe su vida al poder y a través de esta familia comienza a revelar la degradación de ciertos valores humanos, una degradación que responde a la confrontación entre la formación humana medieval y la aparición de un hombre situado en los umbrales de la modernidad. Este hombre renacentista reflexiona más sobre sí mismo, pero aún responde a una tradición de siglos. Es Hamlet, protagonista de la tragedia. Él reflexiona y logra hacer conciencia sobre los sucesos que lo han llevado a la tragedia, confrontando los valores que para muchos ya no son importantes. Uno de los valores que el protagonista confronta es el amor, sentimiento propio de la especie humana y que le permite al *yo* la búsqueda de *otro* en quien hallarle sentido a la existencia, constituyéndose en un valor elevado y profundo que distingue a los seres humanos de otras especies. En medio de su padecimiento emocional, Hamlet compara el sentido del amor con el amor materializado en los recientes acontecimientos presentados al interior de su familia. Resultado de la comparación, concibe como sospechoso el apresurado matrimonio celebrado entre su madre y su tío, vínculo que no acepta.

Inconstancia: tienes nombre de mujer. ¡En menos de un mes! Antes de que se le pudieran manchar los zapatos que se puso para el funeral, cuando toda llorosa... ¡Dios! Un animal irracional hubiera llorado su muerte durante más tiempo ¡Y con mi tío! ¡Casada con el hermano de mi padre! ... aunque se parece tanto a mi padre como yo a un dios del Olimpo... En menos de un mes... sin tiempo de que se le secaran las simuladas lágrimas... vuelve a casarse... y a meterse con prontitud... en una cama incestuosa. No está bien hecho, ni puede traer bien alguno; mas, aunque el corazón se me rompa en pedazos, he de callar y aceptarlo. (Shakespeare, 1994, p. 12)



Shakespeare presenta a Hamlet como el ideal de hombre de los nuevos tiempos, quien se rebela contra unos valores ya caducos y propios de la monarquía: la sucesión del trono, por ejemplo, entre los miembros de la familia, lo que permite ver la traición como un anti-valor. Hamlet responde a otra formación, cuyo fundamento se halla en la reflexión del sujeto acerca de sí mismo, del mundo, de los valores humanos. Esta reflexión del hombre renacentista permitió el surgimiento de nuevas dinámicas sociales e individuales. Hamlet se descubre inmerso en una familia y una sociedad sumergida en la falsedad, a la que no le interesa el ser personal sino que privilegia aquellas acciones que atentan contra la dignidad de la persona y contra los valores humanos que le sirven de fundamento al individuo formado en la honestidad.

Es evidente que, por las ansias de poder y riqueza que les puede otorgar el trono, Claudio y la Reina no consideran el bien del ser humano como sujeto ni mucho menos el bien de aquella comunidad a la cual gobiernan. Muestran actitudes mezquinas y deshonestas que responden a la búsqueda de sus propios intereses individualistas, chocando de este modo con un Hamlet, cuyo pensamiento ya no es tan del orden medieval sino que es más consciente de que por más poder que se tenga no se puede dejar de lado los sentimientos ni las emociones, esa dimensión que lleva al ser humano a reconocerse en el sufrimiento, la felicidad, el amor y, en fin, la existencia.

Debe recordarse que en la Grecia antigua se formaba a la persona en el reconocimiento de lo que

deseaba, deseo que se expresaba en dos grandes dimensiones de la voluntad: la formación dirigida al bien de ella misma y la formación dirigida al bien de la comunidad. En ese sentido, la comunidad griega se encargaba de que el sujeto pensara en comunidad y que la comunidad pensara en el sujeto, de modo que todos eran uno y trabajaban por esa unidad. No es extraño que sea en esa cultura donde el ser humano acceda a conceptos como democracia, justicia y solidaridad, entre muchos otros, los cuales fueron creados para que todos los ciudadanos se sintieran tratados por igual, en aprecio a su dignidad. La Grecia antigua tenía sus búsquedas:

(...) el ideal, la esperanza realizante de un ser humano satisfactorio, la mirada vigilante del cultivo de las posibilidades. En esta relación entre el futuro y el presente, la sociedad se está representando a través de las esperanzas con que cultiva la infancia y la juventud. Estamos al borde de la representación teatral. Un juego interrumpido, cotidiano entre dos planes que se reflejan: el de la esperanza y el de la realidad; o en otros términos una interacción entre los deseos y sus residuos. Entre ambos polos se trenza la historia de una sociedad. (Lorite Mena, 1985, p. 88)

El ser humano griego y su sociedad se mueven en medio de estos dos polos, la esperanza y la realidad, y son las decisiones del sujeto y la sociedad las que hacen posible la dinámica social, por cuanto responden a la conciencia de que soñar, alimentar ideales y fijarse unos valores que deben ser alcanzados y cultivados, son la única garantía de cambio y transformación; es decir, la utopía no sólo renueva a un individuo sino a una sociedad, por cuanto se constituye en un ideal por alcanzar siempre, más allá de la realidad estática y positivista.

De esta forma se constituyen los sujetos y sus sociedades, incluida la sociedad de Hamlet, época transicional entre la Edad Media y la Modernidad. Debe considerarse que cuando una sociedad forma al individuo para la esperanza, la esperanza de la sociedad aparece sola. Y el Renacimiento se constituyó en una esperanza, de ahí la tragedia de Hamlet, quien anhela un mundo que apenas empieza a configurarse.

En esa obra, sin embargo, se reconoce que ciertas tendencias negativas de las pasiones humanas pueden lesionar los valores humanos y sociales, sin importar la época. Shakespeare se adelanta al tiempo y muestra una cotidianidad tomada por el capitalismo inescrupuloso e individualista, cuyo origen data del propio Renacimiento y que se fortaleció en pleno esplendor de la modernización. Ese capitalismo, que le ha dado a las sociedades otras dinámicas, ha formado un nuevo tipo de hombre. Fromm lo describe de la siguiente manera:

El hombre Moderno, sin embargo se siente inquieto y cada vez más perplejo. Trabaja y lucha, pero es vagamente consciente de un sentimiento de futilidad con respecto a sus actividades. Mientras se acrecienta su poder sobre la materia se siente impotente en su vida individual y en la sociedad. (Fromm, 1957, p. 16)

La época moderna ha trabajado en pro de un sujeto “perfecto”, a quien no le deben importar sus deseos (salvo a la hora de hacer posible el “consumo”) sino el desarrollo de capacidades o competencias instrumentalizadas, puestas al servicio del propio poder capitalista que lo determina. El mundo moderno: “Conforme

ha ido creando nuevos y mejores medios para dominar a la naturaleza se ha ido enredando en las mallas de esos medios y ha perdido la visión del único fin que le da significado: el hombre mismo” (Fromm, 1947, p. 16)

Atenazado por la alienación que provoca el sistema capitalista, el hombre moderno se ha olvidado de sí mismo y se aleja cada vez más de su propósito fundamental: ser él mismo, dado que el mundo moderno ha reducido los valores humanos a valores monetarios. Shakespeare nos recuerda esos valores humanos que ya no lo son. En *La tragedia de Hamlet* encontramos, por el ejemplo, el valor del amor: el amor a sí mismo, el amor a la familia y el amor por el ser amado. Quizá el amor corresponde a la más humana de las pasiones y, por su grandeza, cobran sentido las demás pasiones. Hamlet siente amor por su familia, por Ofelia, pero sobre todo por sí mismo. Por ello, Hamlet siente y es fiel a su sentir, es el reflejo de un ser humano sostenido en sus propios valores en medio de una sociedad que no es capaz de reconocer la importancia de formarse y formar en pro de valores elevados.

Toda sociedad debería formar a los sujetos para sí misma, pero sobre todo para el sujeto mismo, de modo que cuando el sujeto se vea inmerso en sus pasiones, tenga el amor suficiente y la sabiduría necesaria para ser consciente de lo que las pasiones son y significan, y, de este modo, darle un giro a las pasiones, de tal manera que las pasiones se pongan al servicio de la vida y la felicidad, distinto al desenlace de la tragedia del Príncipe Hamlet.



En ello radica la importancia formativa de la obra de Shakespeare, puesto que no sólo presenta de manera estética una tragedia sino que, en perspectiva ética y pedagógica, sitúa al lector frente a un espejo, haciéndole ver su propia tragedia como sujeto que transcurre en los avatares de la existencia, generando una *catarsis* en pro de un crecimiento personal y de conciencia del sujeto lector. Es por eso que a lo largo de la historia, el teatro (y la dramaturgia) siempre ha mostrado un carácter formador de los pueblos y los sujetos. Así, no sólo confronta al sujeto consigo mismo sino que lo sumerge en meditaciones acerca de lo que él es como ser humano, lo que quiere y lo que debe. A propósito del arte dramático, Luis Fernando Loaiza Zuluaga afirma:

El teatro, por otra parte, es un hecho artístico que comprende esencialmente un actor, un espectador y una acción dramática. Y en este encuentro se formulan perspectivas del artista sobre la condición humana y la realidad, con el fin de que el espectador le produzca estímulos que le permitan emocionarse frente a la perspectiva del artista y hacer su propia reflexión. El teatro tiene sus propias prácticas y sus propias teorías; pensadas en función de esta relación entre el uno y el otro, actor y espectador. (Zuluaga, Pedagogía y Teatro, (2008) p. 02)

Finalmente, se puede afirmar que las artes, y sobre todo de la literatura, muestra la condición pasional y racional del ser humano y la lucha del ser humano por reencontrarse y comprender su subjetividad, su historia, su cultura y, en últimas, lo que él es. En ese sentido, la literatura, en su diversidad de géneros, ha sido creada desde lo más profundo del alma y, por ello mismo, allí se encuentra a profundidad la esencia de todo ser. En su carácter crítico, la literatura le ofrece al lector conocerse a sí mismo y, de ser posible, despojarse de ataduras morales, a fin de reconocer su propio ideal de hombre y de sociedad.

Referencias

- Cortina, A. (2000) *Ética mínima*. Barcelona: Editorial Tecnos, S.A.
- Fromm, E. (1957) *Ética y Psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económico.
- Jaeger, w. (1992) *Paideia*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- Loaiza, Luis. (Enero - Junio de 2008). *Teatro y pedagogía*. Revista Colombiana de Artes Escénicas Vol. 2 No. 1 PP. 122-126.
- Lorite, Mena. (1985) *La "Paideia" en el pensamiento griego*. Colombia: Universitas Philosophica.
- Shakespeare, W. (1994) *Tragedias*. Barcelona: RBA Editores, S.A.

